
LOS HÁBILES.

ACTO SEGUNDO.

El teatro representa el despacho del marqués con magnificencia y buen gusto amueblado. Mesa ministro, sillas, divanes, velador próximo al balcón. Puerta al foro que se supone comunica con el exterior. A la derecha, en segundo término, dos laterales que comunican con la biblioteca y habitaciones del marqués; á la izquierda, en primer término y cerca del balcón, otra que pone en comunicación el despacho con el resto de la casa.

ESCENA PRIMERA.

MARQUÉS, D. PEDRO. (*En actitud de despedirse.*)

D. PEDRO. Marqués, no he de consentir que V. se moleste.

MARQUÉS. Cumpló un deber. (*Acompañándole hasta la puerta.*)

D. PEDRO. De suerte que quedamos conformes.

MARQUÉS. Completamente conformes.

D. PEDRO. ¿En lo uno y en lo otro?

MARQUÉS. En lo otro y en lo uno.

D. PEDRO. No permito á V. que dé un paso más. Adiós, marqués.

MARQUÉS. Sea, pues; Adiós D. Pedro.

D. PEDRO. Adiós. (*Vase.*)

MARQUÉS. (*Desde la puerta y como despidiéndole.*) Este muchacho hará carrera. Tiene habilidad y conoce el mundo.

ESCENA II.

MARQUÉS, ISABEL.

ISABEL. (*Asomando la cabeza poco á poco por la puerta de la izquierda y remedando á D. Pedro y al marqués.*) Completamente conformes; ¿en lo uno y en lo otro? En lo otro y en lo uno. Ni un paso más; adiós, adiós.

MARQUÉS. Ven acá, loquilla; pero ¿cuándo empezarás á gastar juicio?

ISABEL. Lo más tarde posible: para que me dure más.

MARQUÉS. ¿Salís?

ISABEL. Sí; las tres hemos convenido reunirnos en tu despacho. Por lo visto, he sido la primera, lo cual me ha permitido escuchar una escena de cumplidos. (*Sonriendo.*)

- MARQUÉS. Lástima que no hayas venido un poco antes: así podrías haberte enterado de todo. La conversación ha sido interesante para tí.
- ISABEL. Me lo figuro.
- MARQUÉS. ¿Cómo?
- ISABEL. Te han pedido mi mano (*con maliciosa sonrisa.*)
- MARQUÉS. Es cierto. ¿Con que lo sabíamos ya, señorita?
- ISABEL. Pero papá, esas cosas las sabemos nosotras siempre mucho antes que vosotros.
- MARQUÉS. ¿Y presumes también lo que yo he respondido?
- ISABEL. Sospecho que has denegado la pretensión.
- MARQUÉS. Pues nada de eso, señorita, nada de eso. No soy yo un padre de melodrama que impone su voluntad á toda costa... Líbreme Dios. He ofrecido consultar la voluntad de V. (*sonriendo*) que es la más atendible en este asunto sin olvidar la de tu madre, que debe también tener voz y voto.
- ISABEL. Pues... pues mi voluntad, ya la sabes. Haré lo que tú digas: (*sonriendo*) si dices lo que yo quiera.
- MARQUÉS. Yo he de limitarme á decir que el aspirante es... muy buen partido; hombre dispuesto, inteligente.
- ISABEL. Sí, Fernando.
- MARQUÉS. ¿Cómo Fernando?
- ISABEL. Fernando del Moral, ¿no es ese el que solicita mi mano?
- MARQUÉS. No, hija mía; es otro que te conviene mucho más.
- ISABEL. Pues yo creía...
- UNCRIADO. (*Anunciando*) D. Fernando del Moral.
- ISABEL. Ahí le tienes.
- MARQUÉS. Esto es otra cosa. Déjanos solos.
- ISABEL. Aguardaré aquí, en tu biblioteca. Te advierto que voy á oírlo todo. (*Vase*).
- MARQUÉS. Loca, siempre loca (*con sonrisa de benevolencia*).

ESCENA III.

MARQUÉS, FERNANDO.

- FERNANDO. (*Al entrar en escena Fernando suenan las doce en el reloj.*) Señor marqués: no me niegue usted que he sido puntual.
- MARQUÉS. No me niegue V. que he sido exacto.
- FERNANDO. Ofrecí venir á las doce.
- MARQUÉS. Prometí esperar á medio día.
- FERNANDO. Podemos decir imitando á Megía y Tenorio, *como quien somos cumplimos*.
- MARQUÉS. Veamos ahora de qué se trata (*señalando á Fernando un asiento y tomando otro.*) (*Un rato de pausa.*)

- FERNANDO. Señor marqués: necesitado siempre de tiempo, soy poco amigo de perderlo y aún ménos de hacerlo perder á otros. Procuraré por lo tanto que sea breve esta conferencia.
- MARQUÉS. Conformes.
- FERNANDO. A pesar de mis propósitos que son excelentes, como nuestra conversación es trascendental, yo ruego á V. que me permita iniciarla de un modo extraño: dirigiendo á V. una pregunta, á la cual espero dé contestación franca y cumplida.
- MARQUÉS. Usted dirá.
- FERNANDO. A eso voy. (*Bruscamente después de breve pausa*) ¿Qué opinión tiene V. formada de mí?
- MARQUÉS. (*Movimiento de extrañeza, pausa*) Fernando, comprenda V. que la ocurrencia es tan original, tan inesperada, que verdaderamente no sé....
- FERNANDO. Basta. Mi pregunta está contestada. Si la opinión de V. fuese buena, no habría V. dudado un momento en manifestarla. Quede sentado que tiene V. mala opinión de mí.
- MARQUÉS. No puede quedar sentado eso, porque no es exacto. No me negará V., Sr. de Moral, que hay algo de anómalo y aun de extravagante (perdone V. mi franqueza) en su manera de abordar esplicaciones; pero como fuí leal siempre, contestaré á su pregunta cuando V. haya contestado á dos que me propongo dirigirle.
- FERNANDO. (*Sonriendo*) Por una pregunta, dos: el interés me parece usurario; pero me someto á él. La usura es el dictador de la necesidad.
- MARQUÉS. Pues allá van mis preguntas: primera. ¿Para qué necesita V. conocer mi opinión? Segunda. ¿Se enojará V. si hay alguna dureza en mi juicio?
- FERNANDO. Contestaré en órden inverso. Aseguro á V. que no he de enojarme por severo y desfavorable que sea su juicio. Lo que motiva mi pregunta, no puede ser más sencillo: Yo fuí, amigo íntimo de su hijo; pero nuestras relaciones mútuas, señor marqués, han sido hasta ahora las de dos personas bien educadas, que se encuentran en sociedad, que se ven en los círculos políticos, que se saludan cortesmente, que tal vez se visitan... y nada más. Deseo que estas relaciones sean más íntimas en lo sucesivo, voy á procurarlo; más necesito antes saber el concepto que de mí tiene V. formado; para deducir de ello si debo renunciar á mi proyecto ó si es razonable que acometa la empresa. ¿Es claro esto?
- MARQUÉS. Perfectamente claro.



FERNANDO. ¿Puedo esperar entonces que conteste V. á mi pregunta?

MARQUÉS. Ahora mismo.

FERNANDO. Escucho.

MARQUÉS. Pues bien, tengo de V. opinión inmejorable.

(Pausa).

FERNANDO. ¿Y qué más?

MARQUES. He concluído. ¿Es clara mi contestacion?

FERNANDO. Clara, sí; pero es incompleta. A esa opinión ha faltado un requisito... el *pero* indispensable.

MARQUES. Es que V., en mi juicio, no tiene *pero* (sonriendo).

FERNANDO. Esto me halagaría demasiado, para que me atreva á creerlo del todo, y... (transición brusca) marques, no se ofenda V. porque se lo diga; usted no ha correspondido á mi franqueza, con franqueza igual.

MARQUES. Aseguro á V. que le he dicho la verdad. Tengo á V. por un modelo de hombres honrados. A ciegas confiaría á V. mi fortuna, mi honra, todo lo que en el mundo me interesase más, seguro de que no podía haber depositado mejor, ni tan bien, mi confianza en ningún otro.

FERNANDO. ¡Oh! señor marques. (Inclinandose)

MARQUES. Hablo á V. como me hablaría á mí mismo, y voy á ser franco hasta el fin, ya que á toda costa necesita V. ese *pero* indispensable, allá va...; pero... creo que su bondad misma, es su mayor defecto: V. nunca será rico; V. no brillará nunca como debía, carece V. de habilidad para hacerse valer y abrirse paso, utilizando su mérito. Así, yo, que, como he dicho, tendría en V. completa confianza para todo, si V., (supongamos esto), solicitase la mano de mi hija...

FERNANDO. Supongámoslo.

MARQUES. Me vería en la sensible necesidad de negársela. (Aparte). Allá va eso.

FERNANDO. Por fortuna, eso es solamente una suposición, y ahora no se trata de tal locura. (Al pronunciar Fernando estas palabras, ha de advertirse ligera agitación en el portier que oculta á Isabel: ambos interlocutores fijan en él sus miradas. Cesa el movimiento).

MARQUES. (Con sorpresa). ¡Eh! (Tose para disimular su turbación, luego toma un polvo y ofrece á Fernando).

FERNANDO. (Sin fijarse en la extrañeza del marques). No lo uso; gracias. Digo, pues, que yo, áun careciendo de habilidad, como estoy en mi cabal juicio, no habría puesto mis ojos en una señorita millonaria, como Isabel.

- MARQUÉS.** (*Algo repuesto de su asombro*). V., sin embargo, conoce á mi hija... y... aun he oído...
- FERNANDO.** Tengo esa honra, y hace dos años, allá en Santander, éramos buenos amigos. Por aquella época vivía Conrado, amigo á quien quise mucho, ¡era tan bueno!
- MARQUÉS.** (*Conmovido*). ¡Pobre hijo mio!
- FERNANDO.** Perdone V., señor marqués, si mis palabras evocan recuerdos dolorosos y recrudescen mal cicatrizadas heridas; necesitaba yo, sin embargo, justificar mi conducta de entonces. Isabel era á la sazón hermosa y buena como hoy; pero además... además era pobre: un simple escritor, sin más riqueza que su pluma, sin más recursos que su inteligencia, podía, sin pecar de atrevido, aspirar á su mano. Las cosas han cambiado mucho desde entonces; muerto Conrado, la inmensa fortuna de su madre correspondió á V., con que Isabel ha dejado de ser una niña de posición modesta para convertirse en heredera presunta de muchos millones.
- MARQUÉS.** Es decir...
- FERNANDO.** Es decir que las niñerías de Santander se han desvanecido como se desvanece un hermoso sueño.
- MARQUÉS.** Eso es juicioso.
- FERNANDO.** Lo es, sin duda; pero me reservo el derecho de volver á pensar en Isabel, cuando élla vuelva á ser pobre.
- MARQUÉS.** ¿Qué dice V., hombre? (*Con extrañeza*).
- FERNANDO.** Si está en lo posible que el pobre se convierta en rico, ¿no es posible también que el rico se convierta en pobre? La distancia es igual: redúcese todo á recorrerla en sentido inverso.
- MARQUÉS.** De modo que V. me anuncia que Isabel tornará á ser pobre.
- FERNANDO.** No lo anuncio; digo que es posible, y esto no es lo mismo que lo otro. Por lo demás, marqués, usted reconocerá que la cosa no es imposible.
- MARQUÉS.** No es imposible; pero me parece difícil.
- FERNANDO.** Estamos en el terreno de las suposiciones. No he de aumentar su dolor de padre suponiendo que Conrado no hubiese muerto: por desgracia, en esto, no podemos abrigar la más mínima duda; pero supongamos que Conrado hubiese dejado algún hijo.
- MARQUÉS.** ¿Qué dice V?
- FERNANDO.** No digo: supongo nada más.
- MARQUÉS.** Sin embargo...
- FERNANDO.** Supongamos, digo, que Conrado, al morir, ha-

ya dejado un hijo legítimo y que el mejor día, hoy, por ejemplo, se presentase el tutor y curador del infante que podría serlo yo, continúo suponiendo, y reclamase en nombre del menor, la herencia de su abuela paterna.

MARQUÉS. (*Agitado.*) Pero, amigo mío, eso es solamente una hipótesis.

FERNANDO. (*Sonriendo*) Claro, una simple hipótesis, ya lo he dicho; admitida la cual Isabel tornaría á ser lo que antes había sido: una niña lindísima, bondadosa y pobre; esto es... pobre, relativamente. Para cuando ese caso ocurra, me reservo el derecho de pedir su mano. Ahora, si á V. parece oportuno, y conocida su opinión respecto á mi persona, volvamos al objeto principal de esta visita, del cual por culpa mía, nos hemos estraviado algún tanto.

MARQUÉS. Sea.

FERNANDO. Partimos de que V. tiene formada de mis condiciones morales opinión inmejorable

MARQUÉS. Exacto.

FERNANDO. Que exceptuando la mano de su hija, no vacilaría en confiar á mi lealtad los intereses más preciados.

MARQUÉS. Eso he dicho.

FERNANDO. Pues bien, señor marqués; esa declaración tan lisonjera para mí, colma todos mis deseos. Vengo á solicitar de V. el honroso puesto de su hombre de confianza, de su *fac-totum*: por poco tiempo; con cuarenta y ocho horas tengo suficiente, advirtiéndole, que no lo solicito para mí.

MARQUÉS. Caballero está V. llevándome de una sorpresa en otra sorpresa. Confieso á V. que como no se explique con más claridad, no comprendo.

FERNANDO. Y, sin embargo, lo dicho es muy fácil de comprender.

MARQUÉS. Será...

FERNANDO. ¿Pero V. no lo comprende? Pues voy á explicarme sin rodeos: dispense V. antes una precaución. ¿Está usted seguro de que nadie nos escucha? (*Mirando á todos lados.*)

MARQUÉS. (*Enojado.*) Caballero en esta casa nadie tiene esa costumbre.

FERNANDO. Ruego á V. que no lo tome á enojo; ya sé que eso de escuchar no es costumbre en ninguna casa; pero en ocasiones, aunque no es costumbre, se escucha en casi todas: además podríamos ser interrumpidos, lo cual sería deplorable, porque lo que he de decir á V. es interesante.

MARQUÉS. Eso es posible y procuraré evitarlo (*aparte*) tam-

poco conviene que esa loquilla de Isabel oiga...
(*Se levanta y toca el timbre*)

ESCENA IV.

DICHOS.—UN CRIADO.

MARQUÉS. ¿La señora ha salido ya? (*Al criado*)

CRIADO. Aun no ha salido.

MARQUÉS. Si ella y las señoritas me buscan, haga V. que pasen á la biblioteca y avíseme inmediatamente. Para nadie más estoy en casa.

CRIADO. (*Inclinándose*). Está bien. (*Hace que se va y vuelve*). Señor.

MARQUÉS. ¿Qué ocurre?

CRIADO. La señora viene hacia aquí en este momento.

MARQUÉS. Haga V., pues, lo que le he dicho.

CRIADO. Bien, señor. (*Vase*)

ESCENA V.

DICHOS MENOS EL CRIADO.

MARQUÉS. Fernando, atenciones de familia me obligan á dejar á V. cinco minutos.

FERNANDO. ¿Cómo se entiende? Los que V. guste; nada más respetable que los deberes domésticos.

MARQUÉS. Aquí hay periódicos y dibujos: mi ausencia será corta.

FERNANDO. Vaya V. sin cuidado. Un político no está sólo nunca, le acompañan sus pensamientos y sus cavilaciones.

MARQUÉS. Hasta luego. (*Vase*).

ESCENA VI

FERNANDO É ISABEL APARECIENDO POR UNA PUERTA DE LA IZQUIERDA.

FERNANDO. (*Aparte*) Isabel; me lo figuraba.

ISABEL. Fernando; sólo de unos minutos dispongo; explícame tu conducta. ¿Con qué fin me pediste anoche autorización para...?

FERNANDO. Señorita... (*Friamente*); Isabel (*con más ternura*) después de ver á V. he visto á Guzmán, hemos hablado y me ha dicho... me ha dicho que usted le amaba.

ISABEL. (*Confusa*). ¡Ah! ¿Y tú?

FERNANDO. Por fortuna yo nada había dicho. (*Con amargura*).

ISABEL. Gracias, Fernando: yo debo explicar...

FERNANDO. No, Isabel, no: la explicación es innecesaria.

ISABEL. Pero...

- FERNANDO. Basta, señorita: esperan á V. Separémonos, buenos amigos. Usted creyó amarme y advertió después que se había engañado: esto sucede muy á menudo y á nadie sorprende. Adiós, Isabel.
- ISABEL. ¡Oh! No, Fernando, no podemos separarnos así. Necesito saberlo todo, todo. ¿Lo oyes?
- FERNANDO. Te lo he dicho ya, Isabel. Soy amigo de Manuel Guzmán y él me ha confiado...
- ISABEL. ¿Qué yo le amaba?
- FERNANDO. Sí. Tengo la certeza de que no me engaña. Tú sabrás, si él se ha engañado.
- ISABEL. (*Con resolución.*) No. (*Pausa.*) ¿Me perdonas?
- FERNANDO. (*Haciendo un penoso esfuerzo y estrechando la mano que Isabel le tiende.*) Sí.
- ISABEL. (*Con un gesto gracioso.*) Vaya un sí, casi parece un no. Si el perdón no es completo, no es perdón.
- FERNANDO. Después de todo, Isabel, nada tengo que perdonarte.
- ISABEL. Mira, Fernando, acabaré por enojarme si continuas con ese aire de víctima que me desagrada. ¿Qué soy ligera? Sí, lo soy; pero yo no tengo la culpa: yo no me escogí el caracter; nací con él y soy así: y como soy hay que tomarme. Vaya, ¿querrías que una chiquilla educada en los bailes y los teatros, tuviese la gravedad que tienes tú?
- FERNANDO. Pero...
- ISABEL. Sois muy originales los sabios. Os llenáis la cabeza de cosas muy pesadas: la ciencia, la política, la... ¿Qué sé yo? A nosotras las muchachas nos atestáis la nuestra de cosas frívolas y livianas: las modas, el bordado, el baile. Y después pretendéis que nuestra cabeza pese lo que pesa la vuestra. La pretensión me parece ridícula. Pero si no venías á pedir mi mano, ¿puedo saber á qué has venido?
- FERNANDO. ¿No lo adivinas?
- ISABEL. (*Sincera y llanamente.*) No.
- FERNANDO. (*Amargamente.*) Soy protector de mi amigo Guzmán y vengo á abogar por su amor.
- ISABEL. (*Riendo.*) ¿Tú?
- FERNANDO. Sí; yo.
- ISABEL. (*Palmoteando y saltando.*) No puedes figurarte lo que eso me alegra.
- FERNANDO. ¿Por qué?
- ISABEL. (*Cadavez más satisfecha.*) ¿Por qué? ¿Por qué? Por muchísimas razones. Primera, porque eso me demuestra que Manuel renuncia á sus ridículos proyectos de viaje.

- FERNANDO. Sí; renuncia... por ahora: yo he conseguido disuadirlo. Otra razón.
- ISABEL. *(Algo picada)*. Sentía yo cierto remordimiento; pero veo que no hay motivo. *(Con cierta ironía)*.
- FERNANDO. ¿Qué quieres decir?
- ISABEL. Quiero decir, lo que digo. Yo te amé y te he olvidado. Es grave falta que deploro. En cambio, tú no me has amado nunca.
- FERNANDO. *(Agitado)* ¡Oh! no, Yo te he amado con verdadera locura. Has sido la aspiración única de mi alma. Tú no puedes imaginar nunca, pobre niña, no puedes imaginar nunca el mal que me has hecho.
- ISABEL. Eso es, soy tu vida, solo piensas en mí; se presenta un amigo, te dice que me ama, que yo le correspondo y tú, el enamorado, el loco, cedes tranquilamente el puesto á tu rival y hasta eres protector de ese amor y... eso podrá ser muy profundo, yo, muchacha aturrida, no puedo entenderlo, ni hallo manera de justificarlo.
- FERNANDO. Eres injusta conmigo, Isabel: lo que tú crees indicios de indiferencia, es la prueba más dolorosa de mi amor; no egoísta, no interesado, sino, puro, inmenso. *(Pausa)*. Manuel me confió sus esperanzas, yo al oírle sentí que el alma lloraba lágrimas de sangre, conocí que el corazón quedaba para siempre herido y destrozado; pero comprendí que podrías amarle, comprendí que deberías amarle. Yo, viejo ya, espíritu agostado por los vientos de la desgracia, no podría ofrecer á tu vida, que empieza ahora, horizontes risueños, perspectivas placenteras que mi amigo podrá ofrecerte y te ofrecerá sin duda... comprendo que debo sacrificarme y acepto el sacrificio.
- ISABEL. ¿Es decir que me amas todavía? *(Sin poder disimular su satisfacción)*
- FERNANDO. ¡Oh! Isabel, Isabel *(estrechando sus manos con ternura. Transición violenta)*. Pero estoy loco, soy un miserable; no, esto no puede ser; no será. *(La rechaza)*.
- ISABEL. ¡Fernando! *(Con asombro)*.
- FERNANDO. *(Con vehemencia y con pasión)*. Isabel: lo has adivinado; te amo, te amaré siempre; pero hay algo superior á este amor mío..., es mi palabra empeñada, es el mandato de mi padre moribundo. Oye, ese amigo mío, Manuel Guzmán, arrancó á mi padre de las manos la pistola del suicida, que tenía apoyada sobre su frente. Gracias á él, mi buen padre, á quien una desgracia había conducido al borde del precipicio, cuando algu-

nos años después moría, pudo abandonar tranquilamente el mundo en que dejaba limpia fama y honrada memoria. «Escucha, me dijo momentos antes de espirar, señalando á Manuel: ese, ese es hijo mío también; cuando era casi niño, ya lo sabes, no vacilé en sacrificar riquezas, amor, placeres, todo para conservarte unos años más á este pobre viejo. Yo he podido devolverle su fortuna; pero el otro beneficio, el de más precio ese no está pagado: á tí te recomiendo el pago. Eres su deudor, si alguna vez Manuel necesitase tu vida, dásela. (*Pausa. Transición*) ¡Ah! Isabel. Yo te lo ruego, por mi amor que es toda mi existencia pongamos término á esta conversación que me mata y permíteme que continúe la comenzada obra.

ISABEL.

(*Conmovida*). Fernando, yo soy frívola, lo conozco; pero siento aquí (*llevándose la mano al corazón*) algo que me dice que no soy mala. Dios hace bien las cosas. No soy yo, no, la mujer que conviene á un hombre como tú. Tú mereces el amor que conseguirás, que ya has conseguido acaso...—(*Conteniéndose*). Basta. Ahora repito tus palabras de antes; Fernando (*le tiende la mano*), separémonos, buenos amigos. Cierto que has perdido mi amor, mi amor que, á decir verdad, no valía gran cosa; pero te aseguro que has conquistado para siempre mi amistad y mi estimación, que valen mucho más. Adiós. (*Estrechándose fuertemente la mano*).—(*Se va por la derecha y vuelve la cabeza para hacer un saludo cariñoso*), hasta luego. (*Mutis*).

ESCENA VII.

FERNANDO SOLO.

¡Corazón excelente! ¡Deplorable educación!—Lo que en élla hay de bueno, obra es de la naturaleza: lo que hay de malo, es obra tuya, sociedad. (*Pausa: sonriendo tristemente.*) ¡¡Qué conseguiré el amor que merezco! ¡¡qué sarcasmo! sólo la inocencia puede causar tan dolorosas heridas: la maldad no se atrevería á tanto. El marqués vuelve: continuemos. Valor; y, pues, está aceptado el sacrificio, afrontémosle con ánimo sereno y con la sonrisa en los lábios.

ESCENA VIII.

DICHOS.—EL MARQUÉS.

- MARQUÉS. Ahora estamos solos y tenemos la seguridad de no ser interrumpidos, reanudemos la conversación, que, lo confieso, empezaba á interesarme.
- FERNANDO. ¡Éxito completo! Mucho me lisonjea haberlo obtenido, y eso que, á decir verdad, lo esperaba.
- MARQUÉS. Oiga.
- FERNANDO. Si; aunque V suponga otra cosa, tengo yo acá mi habilidad como cualquier otro.
- MARQUÉS. Voy sospechándolo.
- FERNANDO. Pues aun no sabe V. nada. Decía yo que deseo proporcionar á V., ¿cómo diré? su hombre de confianza por algunas horas; su apoderado, que haga y deshaga en negocios y litigios.
- MARQUÉS. (*Somnando y con aire de duda.*) ¿Y cómo se hace eso? Porque supongo que para unas horas no habíamos de otorgar un poder en regla.
- FERNANDO. ¿Quien habla de poderes? V. dice delante de varios amigos, en cuya compañía almorzaremos hoy juntos, (porque he venido resuelto á secuestrarle.) Hoy almuerza V. conmigo.
- MARQUÉS. Sigue V. proponiéndome imposibles. Debo esperar aquí á dos ó tres amigos.
- FERNANDO. Pero...
- MARQUÉS. Repito que no puede ser y concluyamos.
- FERNANDO. Repito que será y empecemos. Juguemos á cartas vistas, señor marqués. V. quiere ser ministro y hace bien: yo, que como V. sabe, soy amigo de mis amigos, quiero favorecer á Manuel Guzmán, poniéndole en sitio desde donde pueda abrirse camino. Esto es el fondo de mi solicitud. Yo puedo ayudar á V. acaso mejor que nadie; usted puede ayudar á Guzmán, ¿por qué no hacerlo?
- MARQUÉS. ¿Cuándo está conjurada la crisis, viene V. á ofrecerme una cartera?
- FERNANDO. Ni lo uno ni lo otro. Ni yo ofrezco carteras, ni la crisis está conjurada. Lo estaba anoche. Hoy se ha iniciado de nuevo, y acaso lo que determinemos aquí, en *petit comité*, infuya poderosamente en la solución.
- MARQUÉS. (*Aparte*) Habla con una seriedad...
- FERNANDO. ¿Qué resuelve V., señor marqués?
- MARQUÉS. Resumamos: V. me propone una alianza ofensiva y defensiva, ¿es esto?
- FERNANDO. Exactamente.

MARQUÉS. Pues es necesario precisar los términos. ¿A qué me comprometo yo?

FERNANDO. A nada.

MARQUÉS. ¿Cómo á nada?

FERNANDO. Absolutamente á nada. V. almuerza hoy con varios amigos, periodistas unos, bolsistas otros, políticos todos. La presencia de V. entre nosotros es el primer paso hacia la poltrona. Manuel dice lo que crea oportuno, sobre varios proyectos suyos, cuenta para realizarlos con el capital de usted y V. calla. (*Llevando el dedo á la boca.*)

MARQUÉS. Bien; pero el que calla otorga.

FERNANDO. No tal; él que calla, no dice nada.

MARQUÉS. Bien, y después.

FERNANDO. Después... Pasan dos días; nuestra alianza queda rota. V. no ha perdido nada y ha ganado la cartera y Manuel ha logrado lo que pretendía.

MARQUÉS. Principio á comprender.

FERNANDO. Gracias á Dios (*se va hacia el balcón donde hace como una señal convenida*).

MARQUÉS. ¿Qué muecas hace V. ahí?

FERNANDO. Tenía yo inteligencias fuera de la plaza y doy orden para que preparen el almuerzo; porque desde el momento en que empieza V. á comprender, cuento como segura la victoria.

MARQUÉS. Corriente, voy á vestirme, ya que V. se empeña; no espero gran cosa del almuerzo.

FERNANDO. Yo lo espero todo; está convenido; adiós marqués. Vuelvo pronto en su busca, y si no puedo haré venir á Manuel Guzmán: es necesario que ustedes se conozcan bien.

ESCENA IX.

DICHOS.—UN CRIADO.

CRIADO. (*Con una bandeja que tiene una carta*). Señor.

MARQUÉS. ¿Qué ocurre? (*Con enfado*). ¿No he dicho que no se nos interrumpa?

CRIADO. Un ordenanza ha traído esto y dice que es urgentísimo.

MARQUÉS. (*Agitado*). Está bien: (*toma con apresuramiento la carta*). Vete. (*Vase el criado*).

ESCENA X.

FERNANDO.—MARQUÉS.

FERNANDO. (*Aparte*). El recurso final: (*le mira con sonrisa de inteligencia*).

- MARQUÉS. (*Que abre con impaciencia febril la carta*). ¿Usted permite, amigo mío?
- FERNANDO. ¡Oh! Señor marqués.
- MARQUÉS. (*Lee con interés y revela su alegría*). Ahora mismo (*como hablando para sí*).
- FERNANDO. ¿Alguna buena noticia? De seguro ya comienzan los efectos de nuestra alianza.
- MARQUÉS. No lo sé todavía; pero... (*mostrando la carta*) es un besa la mano en que el general me ruega que pase á verle cuanto antes.
- FERNANDO. Pues el general está encargado de formar ministerio.
- MARQUÉS. (*Gozoso*) ¿Sí?
- FERNANDO. Sí.
- MARQUÉS. De manera que V. supone... V. cree...
- FERNANDO. No supongo, no creo; aseguro que no debe usted perder tiempo.
- MARQUÉS. Sí, sí, voy (*hace que se vá*).
- FERNANDO. ¡Ah! pero que no olvide V. el almuerzo: lo ofrecido es deuda.
- MARQUÉS. Nada; lo dicho, dicho está. Hasta luego. (*Vase*).

ESCENA XI.

FERNANDO.

Quando cesa el ardimiento de la batalla, quando me encuentro solo, me espanta la inmensidad del sacrificio (*pausa*) (*yérguese*). Lucha, corazón, lucha un momento más: todo me anuncia que se aproxima la victoria. ¡Ah! Soy tan desgraciado que estoy seguro de vencer.

ESCENA XII.

DICHOS.—LEÓN.—UN CRIADO.

(*León y el criado hablan en el foro hasta la conclusión de la escena*).

- LEÓN. ¿Dice V. que ha salido el señor marqués?
- CRIADO. Sí, señor; en este mismo momento salió.
- LEÓN. No lo extraño; casi siempre me sucede lo mismo. Y la señora, ¿tampoco está?
- CRIADO. Ha salido también.
- LEÓN. ¿Qué oportunidad la mía! Siempre ando deprisa y siempre llego tarde. Esperaré.
- CRIADO. Esta bien, señor. (*Vase*).

ESCENA XIII.

FERNANDO.—LEÓN.

(*Bajando al proscenio y hablando consigo mismo hasta que repara en Fernando*).

- LEÓN Aunque, si doy en esperarlos, fácil es que den ellos

en no volver. Jamás encuentro lo que busco y en compensación lo que no quiero hallar me sale al paso (*reparando en Moral*, Sr. de Moral, cuanto celebros (*aparte*). ¿No lo dije? pues no me hace ninguna gracia.

FERNANDO. Sr. D. León, (*estrechando su mano*). ¡Buen golpe de vista, amigo mío! Su visita en estos momentos honra á esa perspicacia y alegra este hogar. Hay amigos cuya presencia anuncia buenas nuevas, porque vienen sólo en las horas de bienandanza.

LEÓN. Gracias (*aparte*). ¿Por qué me dirá eso? Juraría que está burlándose de mí.

FERNANDO. Muy pocas personas saben todavía lo que ocurre y V. se apercibe ya para entrar en campaña, amigo mío: cuidado si es V. listo.

LEÓN. ¡Mucho! (*irónicamente*). Soy de esos listos que cavilan todo el día y que, al cabo tienen la satisfacción de que les salga todo al revés. Yo estoy discurriendo siempre y me sucede lo que á los guardias walonas, que siempre llegaban tarde á la procesión. (*Fernando se sonríe*). Sí. Soy, por mi fortuna, de esos hombres que después de pensar en todo, en todo se equivocan; persigo á la suerte y la suerte huye constantemente de mí; soy muy listo, muy listo, pero me pasa lo que á los graduados, á quienes decía antiguamente el bedel ó maestro de ceremonias: «Su señoría lo ha hecho muy bien; pero no ha dado gusto á los señores.»

FERNANDO. Vamos no se eche V. por tierra, ni se haga el chiquito. Por esta vez V. lo ha sabido antes que nadie.

LEÓN. ¿El qué?

FERNANDO. ¿Disimulo conmigo? eso ya es exceso de suspicacia.

LEÓN. Pero si yo no disimulo.

FERNANDO. ¿Usted no sabe que el marqués será mañana ministro de Hacienda?

LEÓN. (*Consternado*.) ¿Es posible?

FERNANDO. Ah, ya: con que ¿V. no es de éstos?

LEÓN. ¿De cuáles?

FERNANDO. De los que ahora suben.

LEÓN. (*Con acento de desesperación*.) ¿Qué de ser de esos? Yo no soy nunca de los que suben.

FERNANDO. Pero, en fin, si yo no he comprendido mal, usted ha solicitado ver á la marquesa.

LEÓN. Es cierto; pero no vengo por mi cuenta, vengo como embajador.

FERNANDO. (*Riendo*) ¡Bah! ¡Y quién había de presumir que usted viniera con una embajada!

LEÓN. Pues ahí verá V: ¡Qué, si se ve cada cosa!

FERNANDO. ¿De suerte que V. viene, enviado por?...

LEÓN. Justamente: por D. Pedro Altuna.

FERNANDO. (*Moviento de Fernando.*) ¿Cómo? (*Procurando dominar su ansiedad.*) Y veamos, señor embajador; ¿qué graves negociaciones se ventilan en ese paso diplomático?

LEÓN. No lo sé.

FERNANDO. Pero...

LEÓN. D. Pedro quiere hablar á la marquesa de un asunto grave, muy grave, segun él dice.

FERNANDO. Y... (*Cada vez con más ansiedad*)

LEÓN. Se trata de unos papeles que comprometen en algo la fortuna de Isabel.

FERNANDO. (*Con visible emoción.*) Bien y qué...

LEÓN. Parece que D. Pedro posee esos papeles ó conoce á quien los posee.

FERNANDO. ¿Y?

LEÓN. Deseaba que yo solicitase para él una entrevista anticipando de paso algunas indicaciones sobre el objeto.

FERNANDO. Pues no comprendo...

LEÓN. Es sencillísimo. Que la marquesa recibe mal mis indicaciones: él no se ha comprometido; todo fué indiscreción ó torpeza del emisario. Que la marquesa las recibe bien, yo nada puedo decir porque no se nada: él completa las revelaciones.

FERNANDO. Pues no está mal eso.

LEÓN. ¡Oh! Altuna es pájaro de cuenta.

FERNANDO. (*Como preocupado.*) Diablo, diablo.

LEÓN. ¿Qué le sucede á V?

FERNANDO. ¿Quiere V. qué se lo diga francamente?

LEÓN. Sí.

FERNANDO. Pues me parece que se ha metido V. en un mal negocio.

LEÓN. ¿Cómo?

FERNANDO. Esas cosas de intereses son siempre delicadas y corre V. gran peligro de disgustar á la marquesa, lo cual sería como disgustar al marqués.

LEÓN. No; sería mucho peor.

FERNANDO. Verdad

LEÓN. ¿Y qué hago?

FERNANDO. Le merecen á V. confianza mis consejos.

LEÓN. Absoluta, completa, ilimitada.

FERNANDO. Pues no espere V. á la marquesa.

LEÓN. Y qué digo al amigo Altuna.

FERNANDO. Dígale V. que ya recibirá la contestación.

LEÓN. Pero. (*Dudoso.*)

- FERNANDO. Corre de mi cuenta lo demás.
 LEÓN. Entonces. (*Hace ademán de irse.*)
 (*La voz de la marquesa dentro.*) Aquí esperamos.
 LEÓN. Están ahí: ¿Qué digo á la marquesa?
 FERNANDO. Nada.
 LEÓN. ¿Nada?
 FERNANDO. Nada de Altuna. Pídala V. un destino: Yo prometo apoyar su solicitud.
 LEÓN. ¿Pero habla V. de veras?
 FERNANDO. (*Serio.*) Yo hablo de veras siempre.
 LEÓN. ¿Y será posible?
 FERNANDO. Es seguro; veinte y cuatro horas después de jurar el marqués, tiene V. la credencial en su mano.

ESCENA XIV.

DICHOS—MARQUESA, ISABEL, MARÍA (*de calle*)

- MARQUESA. (*Saludando*). Fernando (*á León*) caballero creímos encontrar en casa al marqués y hasta temíamos hallarle impaciente.
 FERNANDO. Ha salido; pero presumo que volverá pronto. Y sospecho (*sonriendo*) además que no ha salido para sitio lejano, ni para asunto desagradable.
 MARQUESA. (*Con aire de inteligencia*). ¿Eso quiere decir...?
 FERNANDO. Que ha pasado á ver al general.
 MARQUESA. (*Sonriendo*). ¡Por fin! (*al notar ese movimiento de Fernando*) ¿V. también nos abandona?
 FERNANDO. Por un momento nada más. Voy en busca de mi amigo Manuel y vendremos ambos para hablar al señor ministro. (*Saludando*). Señora, señores. (*Vase*)

ESCENA XV.

DICHOS—MENOS FERNANDO

- (*León se acerca á la marquesa; Isabel y María algo separadas hablan entre si*)
 LEÓN. Cácheme, si no me equivoco, la honra de ser el primero que dé á V. mil enhorabuenas.
 MARQUESA. (*Con agrado*) Así es: yo las acepto con gratitud. A nosotras nos halagan estas cosas casi tanto como á nuestros maridos, aunque por razones muy distintas.
 (*Continúa hablando con animación*)
 ISABEL. (*A María*). Te repito que todo va muy bien.
 MARÍA. Pero...
 ISABEL. He hablado á Fernando.
 MARÍA. (*Asustada*) ¿Y has dicho?

- ISABEL. (*Riendo*) Ni una palabra; pero mira, por muy poco...
- MARÍA. (*En tono de cariñosa reconvención*) ¡Isabel!
- ISABEL. No; si al cabo nada le dije; ya hemos concluido para siempre.
- MARÍA. (*Con gozo*). ¿Sí?
- ISABEL. Del todo.

ESCENA XVI.

DICHOS, UN CRIADO, MANUEL.

- CRIADO. (*Anunciando.*) El Sr. D. Manuel Guzmán. (*Vase el criado.*)
- MANUEL. (*Saludando.*) Señora, señoritas, caballero.
- MARQUESA. ¿Buscaba V. al marqués, verdad?
- MANUEL. Sí.
- MARQUESA. Hemos invadido sus dominios. Las señoras somos insufribles; nada respetamos, ni aun el despacho de un hombre político. Habrá V. de llevar en paciencia la charla insustancial de unas pobres mujeres hasta que el marqués esté de vuelta. ¡Oh! tranquilícese V., regresará muy pronto.
- MANUEL. Señora, una y mil veces afortunado yo que tan oportunamente he llegado.
- ISABEL. Mamá, no luches con Manuel en el terreno de los cumplidos. Es invencible. Continua ventilando esos asuntos graves de que te habla el señor León, y permite á Guzmán que venga á contarnos algo de sus viajes.
- MARQUESA. No quiero ser egoísta; autorizo á este caballero para que escuche vuestras niñerías; procurad no aburrirle demasiado.
- MANUEL. Obedezco. (*Se coloca al lado de Isabel.*)
- LEÓN. (*Aparte.*) Pues me alegro infinito. (*Continúa hablando con la marquesa.*)
- ISABEL. Ya sé que está abandonado aquél proyecto de viaje.
- MANUEL. (*Sonriendo.*) ¡Oh! no, señorita; abandonado de ningún modo: por ahora, aplazado solamente.
- MARÍA. (*Asustada.*) ¿Pero este caballero se propone viajar? (*Aparte.*) ¡Dios mío! si...
- ISABEL. Pues Fernando dice...
- MANUEL. Sí, es un amigo excelente: él acaricia esperanzas demasiado dulces para que yo participe de ellas.
- ISABEL. Sin embargo.
- MANUEL. Sin embargo, si Fernando lograra lo que se propone, aun sería posible para mí la felicidad.
- ISABEL. Declaro que encuentro á V. hoy más fastidioso

que anoche: y eso que anoche lo estaba V. mucho. A mí los enigmas me deesperan: estoy contraída. ¿De qué se trata ahora?

MARÍA.

Ten calma, Isabel.

ISABEL.

(*Impaciente.*) Si no puedo. ¿Es que una tiene calma, cuando quiere tenerla? Eso no se tiene sino cuando no se necesita. (*Continúa la conversación.*)

MARQUÉS.

Nada; lo prometo.

LEÓN.

(*Gozoso.*) Entonces, puedo darlo por conseguido.

MARQUÉS.

Tal creo. Por supuesto, si el marqués es ministro: que todavía...

LEÓN.

¡Oh! Eso es de todo punto indudable: no faltaría más. (*Aparte*) ¡Gracias á Dios! Por primera vez en mi vida, me sale una habilidad á derechas. (*Continua hablando.*)

ISABEL.

De suerte que todo consiste en que papá sea ministro: vea V., y á mí eso no me importaba gran cosa. Pero, ¿lo será?

MANUEL.

Es casi seguro.

ISABEL.

Mucho me alegraría.

MANUEL.

(*Gozoso.*) ¡Ah! Gracias.

ISABEL.

No tiene V. que darme gracias: no es por V., no, señor; V. no lo merece, es sólo para satisfacer mi curiosidad.

ESCENA XVII.

DICHOS.—MARQUÉS.—RICARDO.

MARQUÉS.

(*Muy agitado.*) Ha sido indigno.

RICARDO.

(*Saludando.*) Señoras; caballeros, (*al marqués*), la política no tiene entrañas, amigo mío.

LEÓN.

(*Sobresaltado.*) Pero, pero, ¿que ocurre?

MARQUÉS.

Nada; no ocurre nada: que no se cuenta conmigo para el ministerio. (*Estupefacción general.*)

ISABEL.

(*A Manuel.*) Nuestro gozo en un pozo.

LEÓN.

(*Desesperado.*) Nos cayó la casa á cuestras. Si no podía ser otra cosa. (*El marqués se deja caer como anonadado, en el sillón de su mesa de despacho.*)

MARQUÉS.

(*Acercándose á él.*) Mira, más vale así; cuatro días hace que no se podía contar contigo para nada.

MARÍA.

(*Acercándose.*) Tío.

ISABEL.

(*Idem.*) Papá. (*Todos le rodean procurando consolarle. Ricardo permanece pensativo: León se pasea, presa de gran agitación.*)

LEÓN.

Nada, es mi mala sombra. Llevo conmigo la maldición y he traído sobre esta casa la desdicha. ¿Será que haga yo mal de ojo? Aquí era todo fiesta, regocijo; se ha tratado de proteger-

me, pues enseguida se lo llevó la trampa. (*Alto y parándose delante del marqués*). Pero, señor, ¿cómo ha podido ser eso?

MARQUÉS. ¿Lo sé yo acaso? El general contaba conmigo y en un cuarto de hora, tales influencias se han interpuesto, que sólo hemos hablado tres ó cuatro minutos y eso para escusarse en tono muy seco y muy ceremonioso.

ESCENA XVII.

DICHOS. — FERNANDO.

FERNANDO. (*Desde el foro*). Pero, señor marqués, no almorzamos?

LEÓN. (*A Fernando*). Se ha lucido V., es decir, nos hemos lucido los dos.

FERNANDO. ¿Eh?

LEÓN. El marqués no entra en el Ministerio.

FERNANDO. ¿Cómo que no entra? Eso lo veremos.

MARQUÉS. Está visto ya.

FERNANDO. (*Aparte*). Adivino la mano de Amelia, y su marido allí (*señalando á Ricardo*) hecho un papanatas. Afortunadamente, conozco su juego. (*Alto*). Eso poco vale; se nos ha minado el terreno; pues á trabajar en la contramina. Justamente, está con nosotros quien puede remediarlo todo enseguida.

LEÓN. (*Con ansiedad*). ¿Quién?

MARQUÉS. (*Con duda*). ¿Quién?

FERNANDO. ¿Quién? (*Cogiendo á Manuel*). Este; mi amigo Manuel.

MANUEL. (*Asombrado*). ¡Yo! (*Aparte á él*). ¿Estás loco?

FERNANDO. (*Aparte á él*). Calla y obedece: es lo convenido.

MANUEL. (*Aparte*). Pues adelante.

MARQUÉS. Pero...

FERNANDO. Para Guzmán eso es lo más sencillo del mundo: una visita de diez minutos al general y está todo arreglado.

ISABEL. (*Con extrañeza*). Pues nunca lo hubiera creído, ¿Y tú? (*A María*).

MARÍA. Yo tampoco.

LEÓN. Pero ¿hay aun probabilidades?

FERNANDO. ¿Qué son probalidades? Hay certeza. Como Manuel se empeñe, que sí se empeñará, ¿no es cierto? (*Aparte á él*). Dí que sí y vete.

MANUEL. (*Aparte á él*). Pero ¿á donde voy?

FERNANDO. (*Id*). A donde quieras.

MANUEL. Voy pues, (*saludando*) Señoras, caballeros. (*Váse*)

ESCENA XVIII

DICHOS MÉNOS MANUEL.

FERNANDO. (*En la puerta*). No te detengas mucho. En Lhardy te esperamos. (*Bajando al proscenio*). Porque el marqués y yo —si estas señoras no se oponen— salimos inmediatamente. (*Le coge del brazo*).

MARQUÉS. Pero, hombre.

FERNANDO. (*Le pone el sombrero*). Nada: está convenido; y, señor Marqués, ocurra lo que ocurra, por almorzar no ha de sucedernos nada malo. (*Dirigiéndose á las señoras*.) Señora, señoritas, ayudéme Vds. á convencer al señor marqués.

MARQUÉS. ¿Pero tan interesante es eso?

FERNANDO. Interesantísimo. Los almuerzos son lo más interesante de la política: sobre todo en momentos de crisis.

MARQUÉS. Entonces... (*Todos van hacia el marqués y le rodean*.) (*Como á duras penas y dejándose llevar*.) Vamos.

RICARDO. (*Con asombro*.) Pues vamos. (*Aparte*.) Como mi mujer no sepa algo de esto, nos hemos divertido. (*Vanse todos hacia la puerta, menos León que permanece pensativo en el proscenio*.)

ESCENA XIX.

MARQUESA, ISABEL, MARÍA, LEÓN.

MARQUESA. (*Reparando en León al bajar del foro después de despedir al marqués*.) Amigo D. León, ¿y V. no almuerza?

LEÓN. (*Como volviendo de su distracción*.) ¿Eh? ¡Ah! no, no, señora marquesa: yo cómo á la española. (*Vase*.)

CAE EL TELON

LOS HÁBILES.

ACTO TERCERO.

Sala en casa del marqués, amueblada con elegancia y exquisito gusto.
Es de noche.

ESCENA PRIMERA.

MARQUESA, MARÍA, ISABEL LEÓN, RICARDO, GUSTAVO: *(Poco después el marqués de frac).*

(Al levantarse el telón. Isabel, colocada en el centro, ante una mesa que contiene servicio de café sirve á unos y otros, los caballeros recogen por sí mismos las tazas y se reúnen después, formando grupo á la derecha. Isabel lleva el café á la marquesa y á María, que ocupan un sofá colocado á la izquierda. Llegado el marqués sirve á éste su taza de café y va á sentarse al lado de las señoras como el diálogo indica. Todo esto habrá de hacerse con naturalidad suma y reinando en escena aparente desorden, para lo cual se procurará huir de la simetría en las posiciones y de la semejanza en las actitudes.)

- ISABEL. *(A Ricardo).* ¿Sólo?
RICARDO. Solo. *(Toma la taza y se retira).*
ISABEL. *(A León).* ¿Muy dulce?
LEÓN. Regular; gracias, señorita. *(Se retira).*
ISABEL. Está á mi gusto, para tí *(ó la marquesa).*
MARÍA. *(A Isabel).* ¿Pero no vienes con nosotras?
ISABEL. Espero á que el señor marqués *(en broma)* esté servido. *(Sonriendo).*
MARQUÉS. *(Riendo).* Aquí estoy ya.
ISABEL. Y aquí está el café. Ahora, yo. *(Se sirve café y toma asiento al lado de la marquesa).*
LEÓN. ¿Y jurarán Vds. por fin esta noche? *(Al marqués).*
MARQUÉS. Es muy probable; es casi seguro.
LEÓN. *(Aparte).* Dios lo haga.
GUSTAVO. ¡Oh! la crisis ha sido laboriosa en extremo.

- LEÓN. Laboriosísima. (*Aparte.*) ¿Y quién sabe lo que durará todavía?
- MARQUESA. Yo deseo que se resuelva pronto; bien lo sabe Dios, sólo para que puedas descansar. Tres días en esta incertidumbre, son muchísimos días.
- LEÓN. (*Aparte.*) No lo sabes tú bien. (*Alto.*) Pues, ¿querrán Vds. creer que no puedo echar de la imaginación al Sr. Guzmán?
- MARQUESA. Parece muy bello sujeto.
- MARQUÉS. Es un muchacho que vale mucho. Soy franco y no vacilo en decirlo, á él debo la cartera; si llego á obtenerla, que aun podría suceder otra cosa.
- LEÓN. (*Aparte.*) No lo permita Dios. (*Alto.*) ¡Oh!
- GUSTAVO. Y Guzmán es un joven casi desconocido. Yo hace muy poco tiempo que lo veo frecuentar la Bolsa.
- RICARDO. ¿Pero tú vuelves á ser bolsista? Creí que ahora te dedicabas á la industria.
- GUSTAVO. No; lo he dejado ya. La industria en nuestro país promete poco. Digo que Manuel era ayer desconocido del todo.
- MARQUÉS. ¡Oh! pero él se abrirá camino muy pronto. ¡Bah! ¿No piensan Vds. así?
- GUSTAVO. Sí; por desgracia.
- MARQUÉS. ¿Por desgracia?
- LEÓN. (*Sonriendo.*) Es que el formar esa opinión cuesta á Gustavo muy cerca de veinte mil duros.
- MARQUÉS. No ha sido barato el aprendizaje; pero ¿cómo ha ocurrido eso?
- LEÓN. Calle V. si ha sido lo más gracioso del mundo.
- GUSTAVO. Puede V. creer que no le he encontrado gracia alguna.
- LEÓN. Gustavo había adquirido (hace ya mucho tiempo) y casi de balde gran número de acciones de no recuerdo qué sociedad de canalización: de improviso, el Sr. Guzmán se presenta en Bolsa, solicitando acciones de esas y pagando quince por ciento del valor nominal por la que se había comprado al peso: el negocio era bonito: lo parecía al menos y Gustavo se apresuró á deshacerse de todo el papel de esa clase.
- MARQUÉS. Pues no veo la pérdida.
- GUSTAVO. Es que falta la segunda parte. (*Con amargura.*)
- LEÓN. (*Riendo.*) Y nunca segundas partes fueron buenas. Los periódicos de anteanoche daban casi todos como seguro el nombramiento de V. para ministro de Hacienda y casi todos decían además que uno de los primeros proyectos que V. presentaría á las Cortes y que éstas aprobarían (como es

- usual y corriente) era el de subvencionar á esa sociedad y admitir sus acciones en todo su valor para pagos á la Hacienda.
- MARQUÉS. ¡Qué desatino!
- GUSTAVO. Corriente; pero después del almuerzo de anteayer fué público y notorio que Manuel Guzmán era el hombre de confianza de V.
- MARQUÉS. ¿Y qué?
- LEÓN. Pues nada que las acciones ¡puff! de un salto se plantaron en 55 por 100: en el Bolsín de aquella noche ya se pagaban á 60.
- GUSTAVO. Yo comprendí que había cometido una torpeza y propuse á Guzmán que me vendiese el papel.
- MARQUÉS. ¿Y lo hizo?
- GUSTAVO. Lo hizo y ojalá no lo hubiera hecho. Le rogué, se negó; insistí y cedió por último, dándome al 55 lo que me había comprado al 15.
- LEÓN. Hoy se ha desmentido la noticia y las acciones ¡paf! otra vez al suelo.
- MARQUÉS. (*Riéndose.*) Confiesen Vds. que está bien jugado ¡Já, já; já! (*se ríe ruidosamente.*)
- MARQUESA. (*Que está hablando con las niñas.*) Conozco esa risa de mi marido. ¿A que está celebrando alguna habilidad?
- MARQUÉS. Sí, esposa mía, sí y de las buenas. Una habilidad que ha producido veinte mil duros en doce horas. Un hombre así es una mina.
- RICARDO. No es rana: no, el tal Manolito.
- LEÓN. ¿Qué ha de ser rana? Es que al propio tiempo que discurría eso, estabn preparando otra jugada que le ha valido acaso más.
- MARQUÉS. Veamos eso, veamos eso.
- LEÓN. Ustedes saben que una compañía inglesa trata de fundar en Madrid un periódico, como *The Times*.
- MARQUÉS. Algo he oído.
- LEÓN. Ya se ha constituido sociedad por acciones; han realizado enormes gastos. La noticia de que Guzmán se proponía fundar, según nos anunció en el almuerzo de anteayer, un periódico órgano del ministro de Hacienda, alarmó al gerente de la sociedad cuyos cálculos caían por tierra.
- MARQUÉS. No sabía yo que el almuerzo sería tan sustancioso. ¿Y qué?
- LEÓN. Nada, que la compañía inglesa que ya no puede retroceder ni desiste de sus propósitos ha hecho proposiciones para conseguir el desistimiento de Guzmán.
- MARQUÉS. ¿Y ha conseguido?

- RICARDO. Claro; pues si él nunca había pensado en fundar semejante periódico.
- LEÓN. Pues bien: eso le ha valido, —Fernando me lo aseguró esta mañana— diez mil duros en metálico y la plaza de director del periódico con cuarenta mil reales de sueldo.
- MARQUÉS. Pero eso es admirable; ¡qué hombre! ¡Qué hombre! Bien decía Fernando, que como le pusieramos en camino él andaría.
- LEÓN. Eso no es andar: es correr.
- GUSTAVO. ¿Qué correr? Volar es eso. (*Se ríen*).
- MARQUÉS. ¡Oh! Fernando tiene ojo certero. Hombre á quien él recomienda... puede aceptarse.
- LEÓN. Verdad, verdad. (*Aparte*). ¿Se habrá acordado de recomendarme?

ESCENA II

DICHOS Y FERNANDO

- CRIADO. (*Anunciando*) D. Fernando del Moral.
- FERNANDO. Señora, señoritas. (*Saludando*). Marqués, caballero. —Advierto cierta animación, alegría.
- ISABEL. ¿Quiere V. una taza de café?
- FERNANDO. (*Inclinándose*) ¿Cómo rehusarlo? Gracias. (*Toma la taza y se coloca en el grupo de caballeros*).
- MARQUÉS. Estábamos hablando del recomendado de V.
- FERNANDO. ¿Cuál de ellos?
- MARQUÉS. Manuel; Manuel Guzmán.
- FERNANDO. Es muchacho despierto, ¿eh?
- GUSTAVO. Demasiado despierto...
- RICARDO. Y no lo parece: antes se le tomaría por soñador, poeta ó algo así de muy poco juicio.
- MARQUÉS. Ya sabrá V. que en un par de días ha realizado cerca de un millón de reales.
- FERNANDO. Entonces Vds. no están enterados de nada.
- TÓDOS. ¿Eh?
- FERNANDO. Eso del millón, ya lo conozco, es una miseria: su golpe magistral ha sido el de esta tarde.
- MARQUÉS. ¿Esta tarde?
- FERNANDO. Sí, hombre, sí; pues si en Madrid no se habla de otra cosa; pero, ¿no lo saben Vds.?
- MARQUÉS. Yo, no.
- LEÓN. Ni yo.
- GUSTAVO. Ni yo.
- FERNANDO. Pues nada, el bueno de Guzmán ha ganado esta tarde solamente por dar un paseo al ministerio de Hacienda, cinco millones de reales.

- LEON. (*Aparte*). ¡Cinco millones por un solo paseo y yo que voy cinco veces todos los días aun no he conseguido una credencial de cuatro mil reales!
- MARQUÉS. ¡Imposible! (*Asombro general, que demuestran cada cual á su modo*).
- ISABEL. (*A María*). ¿Pero no oyes eso?
- MARÍA. (*Riendo*). Lo oigo, sí.
- ISABEL. (*A María*). Creía yo que Manuel solamente pensaba en quererme.
- MARQUÉS. No vuelvo de mi asombro; pero explique V. cómo ha sido eso.
- FERNANDO. De la manera más sencilla del mundo. Hoy se ha verificado la subasta para la explotación de las minas...
- MARQUÉS. Sí, ya sabemos eso.
- FERNANDO. Pues nada; Manuel se ha presentado como postor. Aunque el nombre de V. allí no ha sonado para nada, han creído que con V. contaba para todo.
- MARQUÉS. ¡Qué despropósito!
- FERNANDO. Justo, despropósito; pero el representante del Banco Intercontinental, que tenía empeño en quedarse con la subasta, ha transigido con Manuel, el cual se ha retirado previo el ofrecimiento de una prima de cinco millones. Justamente, he mediado en el negocio, y aquí tienen Vds. el pagaré firmado por tres banqueros bien conocidos, (*saca un papel que examinan todos con curiosidad*).
- MARQUÉS. (*Con entusiasmo*). Pues, señores, Vds. dirán lo que quieran; pero es necesario tener mucho aplomo y mucha travesura, para imaginar y llevar á cabo todo eso. Yo, francamente lo digo, admiro á ese hombre.
- FERNANDO. Es travesura que en buena moral, puede llamarse truhanada.
- MARQUÉS. Hombre, me parece excesivamente dura la calificación; al cabo todas esas son armas de buena ley. En la guerra, como en la guerra.
- LEÓN. Es indudable.
- FERNANDO. (*Sonriendo*). Que den su opinión las señoras.
- MARQUESA. Yo alcanzo muy poco de esas cosas, pero un hombre así, me daría miedo; siempre estaría temblando de que un día, al hacer una de esas combinaciones maravillosas, me incluyese en algún pagaré ó me facturase en un paquete de acciones.
- ISABEL M.^a (*Riendo*). Es verdad.

FERNANDO. ¿Lo véis?: tengo de mi parte el bello sexo... y es que éllas valen mucho más que nosotros.

MARQUES. Pues yo insisto en que un hombre así es en genio y—sin imponer mi voluntad, eso no—declaro que daría con mucho gusto á una hija mía, á un mozo como Manuel Guzmán.

FERNANDO. Estaba por coger á V. la palabra.

MARQUES. Dela V. por cogida y empeñada.

ESCENA III.

DICHOS, MANUEL.

UN CRIADO. D. Manuel de Guzmán. (*Vase el criado*).

FERNANDO. (*Aparte*). A ver si este poeta, me lo echa todo á perder (*se levanta y procura colocarse detrás de Manuel*).

MANUEL. Señora, señoritas, caballeros (*Saludando*).

FERNANDO. (*Aparte á él*). Mucho cuidado. (*Hablándole con disimulo*).

MANUEL. (*Mirándole*). ¿Eh?

FERNANDO. (*Aparte y haciéndose el distraído*). Dios nos ayude.

MARQUES. Salud al nuevo millonario.

MANUEL. (*Con asombro*). ¿Eh?

FERNANDO. (*Aparte á él*). Disimula, hombre, disimula.

LEÓN. Digo á V. que ha tenido mucha sal lo de la subasta.

RICARDO. Ya lo creo: sal y pimienta.

MANUEL. ¿La subasta? ¡ah! es cierto; hoy habrá sido. (*A Fernando*). ¿Y que ha pasado allí?

FERNANDO. No disimules, hombre; estos señores están ya enterados de todo. Toma, ahí tienes lo convenido. (*Le entrega el papel que Guzmán guarda sin leer y con indiferencia*).

LEÓN. (*Aparte*). Nada, se guarda cinco millones como yo podría guardarme cinco pesetas. Bien se ve que le cuesta poco trabajo ganarlo. (*Los caballeros rodean á Manuel sin dejarle dar un paso*).

MARQUESA. No debemos ser egoístas: estos caballeros arden en deseos de fumar y se contienen por consideración á nosotras.

LEÓN. Oh, señora marquesa puede V. creer...

MARQUESA. De todas maneras hemos de vestirnos para ir al teatro, vamos niñas. (*Vase con Isabel y María*).

MARQUÉS. Pues las señoras se obstinan en abandonarnos obedecemos sus órdenes, voy yo mismo á buscar unos tabacos que reservo para las grandes solemnidades. (*Vase*).

ESCENA IV.

GUSTAVO, RICARDO, LEÓN, *forman grupo en el fondo*; FERNANDO Y MANUEL *en el centro*.

FERNANDO. *(A Manuel.)* Ahora es cuando debes de pedir al marqués la mano de su hija: tu pretensión caerá bien! yo te lo fío.

MANUEL. Pero...

FERNANDO. ¿Pero qué? *(Con enojo.)*

MANUEL. ¡Oh! no te enojes, amigo mio, hermano mio, sabes que nunca olvidaré lo que por mí has hecho; pero si Isabel continúa siendo rica...

FERNANDO. Desecha escrúpulos. El hijo de Conrado vive.

MANUEL. En ese caso, sigo tu consejo. Gracias Fernando *(hace que se separa y vuelve.)* Mira si soy egoísta: me había olvidado; perdona, Fernando. El amor es pasión que todo lo ocupa y deja apenas sitio á la amistad. ¿Has adelantado algo en tus pretensiones?

FERNANDO. Sí, algo. *(Molesto)*

MANUEL. ¿Pero quién es élla?

FERNANDO. ¡Bah! ¿Qué te importa.

MANUEL. *(Reconviniéndole.)* ¿Fernando? ¿Que no me importa?

ESCENA V.

DICHOS, MARIA *entra como buscando algo*.

FERNANDO. *(Como rehuyendo dar esplicaciones vuelve la vista hacia María que entra en este momento y fijando la mirada en élla llama la atención de Manuel.)* Pero...

MANUEL. *(Como adivinando.)* ¡Ah! ¿Es élla?

FERNANDO. ¿Quién...? ¡Ah! Si, élla.

MANUEL. Entonces no quiero importunarte más. *(Manuel va á mezclarse al grupo de Gustavo, León y Ricardo. Fernando se acerca á María.)*

FERNANDO. María.

MARÍA. *(Como asustada.)* ¿Eh?

FERNANDO. *(Sonriendo cariñosamente.)* ¿He asustado á V.?

MARÍA. No: Fernando; pero, estaba tan distraída buscando...

FERNANDO. ¿Y V. no se dispone para ir al teatro?

MARÍA. No voy esta noche.

FERNANDO. ¿No gusta á V. la música?

MARÍA. ¡Oh! sí, mucho; pero hoy no me siento bien y además, estará Amelia en el palco y...

FERNANDO. ¿Y...?

MARÍA. Y Amelia y yo no simpatizamos

FERNANDO. Lo comprendo. (*Sonriendo*) Pero aquí sola se aburrirá Vd. horriblemente.

MARÍA. ¡Oh! no; yo cuando estoy acompañada suelo aburrirme alguna vez; cuando estoy sólo no me aburro nunca (*sonriendo*.)

FERNANDO. Eso es muy lisonjero para la compañía

MARÍA. Fernando, (*en son de reconvención*): demasiado sabe V. que al hablar de las compañías que aburren no puedo referirme al amigo de la infancia.

FERNANDO. ¡Ah! María, ¿aún se acuerda V. de aquellos tiempos?

MARÍA. Siempre. (*Con ternura*.)

FERNANDO. Tampoco yo los olvido nunca (*continúan hablando*.)

ESCENA VI.

DICHO, EL MARQUÉS, *con tabacos que reparte entre los caballeros.*

MARQUÉS. Aseguro á Vds. que son excelentes. Es lo más famoso de Henry-Clay.

MANUEL. Marqués, ¿puede V. oír dos palabras?

MARQUÉS. Ahora mismo, amigo Guzmán. (*Se separan á un lado y hablan*.)

LEÓN. Pues yo voy á ver si averiguo algo.

RICARDO. Nos vamos con V. Adiós, marqués. Si algo sabemos pronto estamos de vuelta. (*Vanse los tres*)

ESCENA VII.

DICHOS, ISABEL, (*que entra sin ser vista y mira con satisfacción á María y Fernando*.)

ISABEL. (*Que se ha acercado de puntillas y los sorprende*.) Así me gusta. ¿Con que por fin? No te dije (*á María*) que te amaría (*á Fernando*)? ¿No dije á V. que conseguiría ser amado como merece?

FERNANDO. (*Sorprendido*.) ¿Cómo?

MARÍA. (*Ruborizada*.) ¡Oh! (*Huye precipitadamente*.)

ISABEL. (*Sorprendida y como alegrándose*.) ¿Es decir que me había equivocado? ¿Todavía no habíais dicho nada? ¿Eres ciego? ¿Para qué les servirá á estos hombres la sabiduría y el talento? Pues sí, sábelo ya, vanidoso; ella te ama ¡ah! es muy digna de ser amada. No lo olvidéis (*Vase*.)

FERNANDO. (*Aparte*.) ¡Dios mío! ¿Será todavía posible la fe.

lidad para mí? María !Oh! Pobre niña. Isabel tiene razón; es muy digna de ser amada. Quizas...

ESCENA VIII.

DICHOS.—MANUEL, EL MARQUÉS.

MARQUÉS. (*Aproximándose*). Fernando.

FERNANDO. Marqués.

MARQUÉS. Nuestro amigo Guzmán, según me asegura, ama á mi hija.

FERNANDO. Lo sé.

MARQUÉS. (*Sonriendo*). Comprendo: nosotros, los padres, sólo sabemos eso después de saberlo todo el mundo. Sea: lo que yo pienso de su amigo Manuel, V. lo sabe: no tengo necesidad de repetir lo que hace pocos momentos decía. Si mi hija lo ama...

FERNANDO. Casi respondo de eso.

MARQUÉS. Entonces, lo dicho, dicho; tiene V. mi palabra. (*Tendiendo la mano á Manuel, que la estrecha con efusión.*)

MANUEL. ¡Oh! Gracias, señor marqués; gracias á tí también, Fernando, á cuyo influjo debo... (*El marqués mira con extrañeza.*)

FERNANDO. (*Interrumpiéndole*). ¿Quiéres callar? (*Aparte*) ¿A que naufragamos todavía á la vista del puerto?

MARQUÉS. Pero sin perjuicio de que en otra ocasión y con todo detenimiento dilucidemos asuntos de intereses, cumple á mi rectitud y á mi lealtad hacer algunas indicaciones previas.

FERNANDO. Entonces... (*Hace ademán de retirarse.*)

MARQUÉS. No, amigo mío, al contrario; justamente V. es el que hace aquí más falta.

FERNANDO. ¿Hago falta? Pues aquí estoy.

MARQUÉS. (*Una pausa; después el marqués pregunta á Fernando*). ¿Vive el hijo de Conrado?

FERNANDO. Vive.

MARQUÉS. De suerte que la historia que V. nos contó en el jardín hace tres días...

FERNANDO. Es la suya. Solamente varié tiempo y circunstancias.

MARQUÉS. ¿Y el amigo que ha velado por ese niño?

FERNANDO. Yo. Se lo juré á su madre y he cumplido mi juramento.

MARQUÉS. (*A Manuel*). Ya lo oye V., amigo mío; la existencia de ese niño modifica radicalmente las condiciones del partido que V. solicitaba.

MANUEL. (*Indignado*). ¿Qué dice V., marqués?

MARQUÉS. (*Con dignidad*). Sí, caballero, sí: yo tengo en ese punto mis ideas, de las cuales no me separaré por nadie, ni por nada. ¿Que el niño no puede justificar su nombre? ¿Que no existe la prueba de su parentesco? Eso no me importa. Ese es mi nieto.

MANUEL. (*Conmovido*). Eso es digno y noble, marqués, usted no me ha comprendido.

MARQUÉS. Perfectamente, Sr. de Guzmán, perfectamente. Sé que este sentimentalismo no está ya de moda; pero yo no puedo ni quiero desterrarle. Esto, ya lo sé, parecerá pueril preocupación á un hombre como usted...

MANUEL. Pero, caballero, yo... (*Ofendido*).

FERNANDO. (*Interrumpiendo*). Basta; sepa V., señor marqués, que mi amigo Manuel Guzmán conocía la historia de Conrado: yo se la he referido toda.

MARQUÉS. ¿La conocía V?

MANUEL. Perfectamente.

FERNANDO. Y sólo cuando supo que Isabel no sería millonaria, se decidió á pedir á V. su mano.

MARQUÉS. ¿Es posible? Con que V... ¡Es asombroso!

MANUEL. Yo amo á Isabel: su hermosura y la belleza de su alma, me han enamorado, no su riqueza, que habría sido obstáculo á una boda desigual.

MARQUÉS. (*A Manuel*). ¿Desigual? ¿Cómo desigual?

FERNANDO. (*Aparte*). ¡Qué empeño en anticipar...! (*Alto*). De todas suertes parece que estamos de acuerdo. Las personas de honor se entienden pronto. Ahora advierto á V. que espero aquí á uno de los personajes de mi historia.

MARQUÉS. A quién ¿al infame...?

FERNANDO. Justamente. Hombre que ante nada se detiene.

MARQUÉS. ¿Y quién es?

FERNANDO. Un amigo de V.

MARQUÉS. (*Con repugnancia*). ¿Amigo mío?

FERNANDO. Y de todos. De gran influencia y de envidiable posición.

UN CRIADO. (*Anunciando*). El señor D. Pedro Altuna.

FERNANDO. Ahí está

MARQUÉS. (*Con asombro*). ¿El?

FERNANDO. El mismo. Pero necesito de V. y es preciso que convengamos en algo. Dé V. orden de que le hagan entrar y vamos...

MARQUÉS. (*Al criado*). Que pase ese caballero y que me dispense el favor de esperar un momento. (*Vanse los tres*.)

ESCENA IX.

PEDRO.

CRÍADO. Que tenga el señor la bondad de esperar un momento. (*Vase el criado.*)

ALTUNA. Está bien. (*Se sienta y mira el reloj.*) Esta es justamente la hora. Preciso es que procedamos con cautela: estas gentes que blasonan de honradas, como si la honradéz fuese la tontería, son asustadizas. (*Pausa. Toma asiento.*)

Caminemos con pies de plomo. La jugada es soberbia: y conviene no comprometerla. Fué gran idea la de no destruir esos papeles. Alguien viene.

ESCENA X.

PEDRO. FERNANDO.

FERNANDO. Sr. D. Pedro (*saludando.*)

PEDRO. Amigo Moral (*tendiéndole la mano, que Fernan do haciéndose el distraído no acepta.*)

FERNANDO. (*Sentándose é indicando una silla á Pedro.*) Él encontrar á V. aquí á esta hora, me hace comprender que llegó á tiempo el aviso enviado por mí á ruego de la señora marquesa.

PEDRO. ¿El aviso...? (*Haciéndose el desentendido.*)

FERNANDO. Sí. Un aviso que decía lo siguiente: «á fin de dar mayor amplitud á las indicaciones hechas, por encargo de V., por el Sr. León, espero que pase por casa esta noche á las nueve, en élla me encontrará V. á mí ó á persona de mi absoluta confianza que hablará en mi nombre.»

PEDRO. ¿De suerte que V. es?

FERNANDO. (*Inclinándose.*) Sin merecerlo, persona de absoluta confianza de la señora marquesa, encargada de arreglar y ultimar el consabido asunto.

PEDRO. Sea: habría yo preferido entenderme directamente con la señora marquesa. Esto hubiese sido más breve y más sencillo.

FERNANDO. ¡Oh! muy al contrario, caballero. Las señoras entienden poco en achaques de documentos; tienen, por regla general, la suspicacia enfadosa é insufrible de la ignorancia, y además (*sonriéndose con cierto aire de inteligencia*) gastan en determinados casos lo que nosotros, hombres desocupados, llamamos las delicadezas del sexo: qué suelen ser un adorno en la sociedad; pero son un entorpecimiento en el negocio.



- PEDRO. Pero de todos modos, V. habrá de consultar...
- FERNANDO. Absolutamente nada. Traigo plenos poderes.
- PEDRO. Sea, pues. (*Sonriendo también*). La verdad es que ciertas materias que podrían ser escabrosas para una dama, son cosa corriente para hombres de mundo familiarizados con las asperezas de la realidad.
- FERNANDO. Esa es mi opinión.
- PEDRO. Y la mía. Celebraré mucho que nos entendamos. (*Pausa*). Y creo que acabaremos por entendernos. (*Mirando á Fernando con intención*). Ganaríamos mucho en ello, uno y otro. (*Recalcando la frase*).
- FERNANDO. (*Sonriendo*). Comprendido. Y no deseo otra cosa.
- PEDRO. Tiene V., lo supongo, alguna idea del asunto.
- FERNANDO. Lo conozco perfectamente.
- PEDRO. ¿Eh? (*Sorprendido*). V. quiere decir...
- FERNANDO. (*Con seguridad*). Quiero decir, que lo conozco perfectamente.
- PEDRO. (*Mirándole con desconfianza*). Es extraño.
- FERNANDO. ¡Oh! No por cierto. Traté en sus últimos años á la viuda de Conrado.
- PEDRO. Una francesa aventurera.
- FERNANDO. (*Aparte*). ¡Miserable. (*Alto*). Ella me refirió cuanto había ocurrido.
- PEDRO. Ocultando la verdad ó desfigurándola.
- FERNANDO. Tal vez; pero siempre queda algún resquicio por donde el hombre perspicaz pueda ver lo verdadero.
- PEDRO. (*Riendo*). La insensata pretendió perseguirme judicialmente.
- FERNANDO. Yo la disuadí de ello.
- PEDRO. ¿Usted?
- FERNANDO. Yo. Porque.. verá V.; he gustado siempre de dejar á cada uno expedito su camino. Yo voy á mi fin por donde puedo; sólo deseo que me dejen hacer; y lo que quiero para mí lo quiero para los otros.
- PEDRO. Es muy razonable.
- FERNANDO. Pero concretemos si á V. parece.
- PEDRO. Concretemos.
- FERNANDO. Usted tiene en su poder...
- PEDRO. Cuanto se necesita para desposcer á Isabel de la mayor parte de su fortuna. Dos caminos se me presentan: ó entregar al hijo de Conrado esos documentos, ó destruirlos. Si me conceden la



mano de Isabel, lo destruyo; si me la niegan los entrego al huérfano. Esta es, en plata mi proposición.

FERNANDO. Está comprendida. Los términos del pacto no pueden ser más precisos; pero hay algo que á la marquesa ha sorprendido mucho y que yo no he acertado á explicarle.

PEDRO. *(Sonrisa falsa.)* Veamos: acaso yo sea más afortunado que V.

FERNANDO. En asunto de esta naturaleza, ¿por qué en vez de dirigirse al marqués, como parecia natural, se ha sirigido V. á élla?

PEDRO. Por una razón sencillísima; contaba yo, sin haber apelado á los grande recursos, con la benevolencia del marqués á quien había consultado previamente. Sólo necesitaba, y esto el marqués mismo me lo había prevenido, el consentimiento de Isabel y la aprobación de la marquesa: ambas cosas solicito.

FERNANDO. Ya.

PEDRO. Eso es. Por otra parte... Usted que conoce al buen marqués lo sabe tan bien como yo: es bellissimo sugeto, pero de inteligencia muy limitada y de miras estrechas: muy apegado á ciertas rancias preocupaciones... Para él enriquecer á su hija á costa de su nieto, sería sin duda ofender la memoria de Conrado, á quien tanto quiso; para la marquesa, por el contrario, el interés de su hija es, y así debe ser, ante todo, y sobre todo, y no vacilará entre Isabel y un niño para élla completamente extraño.

FERNANDO. Es muy cierto.

PEDRO. Por eso he preferido dirigirme á la marquesa para...

FERNANDO. *(Interrumpiéndole.)* Sí, para proponerle este contrato de compra-venta.

PEDRO. Si place á V. nombrarle así...

FERNANDO. Me place porque ese es su nombre verdadero: no extrañará V., por consiguiente, que yo desee examinar la mercancía: el precio que V. le pone es excesivo. Quizá V. ignora que Isabel está enamorada.

PEDRO. ¿Sí? *(Con indiferencia.)* ¿Y de quién?

FERNANDO. Poco importa eso; no es de V.

PEDRO. Bah, en matrimonio de esta índole, bien lo sabe usted que es de los nuestros *(movimiento de Fernando)* quiero decir de los despreocupados.

FERNANDO. *(Aparte.)* ¡Canalla!

PEDRO. El cariño es factor que no se toma en cuenta.

para nada. En último caso aun está tendría arreglo; pues podríamos prescindir del casamiento.

FERNANDO. Aquí de lo que se trata es de la herencia.

PEDRO. Naturalmente.

FERNANDO. Por eso insisto en que veamos esos papeles y los examinemos. ¿Hay en ello alguna dificultad?

PEDRO. *(Con frialdad)*. Ninguna; pero me parece algo ofensiva esa sombra de duda.

FERNANDO. *(Serio)*. No es sombra de duda, señor mío, es duda real y verdadera.

PEDRO. Soy un caballero: mi palabra es oro.

FERNANDO. *(Aparte)*. Bribón.. *(alto)*. Si será; pero los negocios... son negocios.

PEDRO. Corriente: *(saca una cartera)* ahí están los papeles. *(Levantándose)*. Puede V. examinarlos despacio y aconsejar lo que le parezca mejor á la marquesa. Y V. me avisará del resultado. *(Hace que se va)*.

FERNANDO. Pero, señor mío, ¿así deja V. papeles tan interesantes?

PEDRO. ¿Por qué no? Esos papeles interesantísimos para mí, en poder de Vds. carecen de valor. ¿Los destruirán Vds? Nada habré perdido; se reduce todo á sacarlos de nuevo de la parroquia y de la escribanía. ¿Utilizarlos en pro del huérfano? No, de seguro. La marquesa no dejará en la miseria á su hija por un advenedizo, fruto de impuros amores.

FERNANDO. *(Aparte)*. Pero este tunante no concibe siquiera la existencia de las gentes honradas. *(Saca los papeles de la cartera y los examina al mismo tiempo que habla)*. Falta ahora una cosa esencialísima.

PEDRO. ¿Y es?

FERNANDO. ¿Vive el hijo de Conrado?

PEDRO. Vive.

FERNANDO. ¿Y dónde se halla?

PEDRO. Lo ignoro hoy; puedo saberlo pasado mañana.

FERNANDO. *(Dándose una palmada en la frente)*. ¡Ah! lo encontré. San Miguel, San Miguel. La palabra del enigma.

PEDRO. ¿Cómo San Miguel?

FERNANDO. Que es el pueblo donde se verificó el casamiento: y Port-Bou donde está bautizado el niño. Nunca pude averiguarlo.

PEDRO. *(Riendo)*. Difícil era: se hizo cuanto fué necesario.

FERNANDO. Vamos, se procedió hábilmente: decía V., que el niño...

- PEDRO.** El niño vive; y en un par de días podrá V. saber dónde se halla.
- FERNANDO.** *(Con resolución)*. ¿Antes de un par de días? Ahora mismo. El niño se halla en mi casa. *(Movimiento de espanto en Altuna)*. Y si no sale V. de aquí inmediatamente para no volver más, acaso me deje llevar de la ira que contengo hace un cuarto de hora, y arroje á V. por el balcón, ¡miserable!
- PEDRO.** *(Trémulo)*. Entre caballeros ese lenguaje.
- FERNANDO.** Dejémonos de frases huecas: aquí no hay más que un bribón de baja ralea, y un hombre honrado que, bien á su pesar, ha descendido á conversar con él un momento, porque algún sacrificio había de hacer para devolver á ese niño el nombre y la fortuna que le habían robado.
- PEDRO.** *(Trata de arrojarle sobre él)*. Esto es indigno. *(En voz alta)*.
- FERNANDO.** Cuidado, señor mío cuidado. El ruido, que para unos sólo es molesto, para otros puede ser peligroso.

ESCENA XI.

DICHOS —MARQUÉS, MANUEL.

- PEDRO.** *(Admirado al ver entrar á Manuel)* y al marqués.) ¿Qué es esto?
- FERNANDO.** Ofrecí á Vds. presentarles al héroe de mi historia; ahí le tienen V.
- MARQUÉS.** *(Con dignidad)*. Recoja V. esos papeles, que por haber pertenecido á V. mancharían esta casa, huya V., huya V. de aquí, y no dé tiempo á que haga que mis criados le arrojen.
- PEDRO.** Esto ha sido una asechanza infame, imaginada por hombres honrados. *(Irónicamente)* Está bien; pero yo no olvido, ni perdono: me vengaré. *(Vase)*.
- FERNANDO.** *(Rato de pausa)*. A eso llamaba V...
- MARQUÉS.** Confieso que me había equivocado; he visto que es un miserable. Pero ante todo, es necesario pensar en que ese pobre niño tenga familia de la que tanto tiempo estuvo privado.

ESCENA XII.

DICHOS, LA MARQUESA, ISABEL, MARÍA.

- MARQUESA.** *(Al marqués)*. ¿Tú decididamente no nos acompañas al teatro? Adiós entonces; hasta luego. Señores... *(Observando)*. Pero, ¿ha ocurrido algo?

- Me parece ver á Vds. preocupados é inquietos.
- MARQUÉS. ¡Bah! no ha dejado de ocurrir alguna cosa.
- MARQUESA. Mira, haz el favor de no prolongar mi ansiedad. Bueno ó malo, lo que sea, dílo pronto.
- MARQUÉS. Pues bien, los rumores de que Conrado al morir había dejado un hijo, se han confirmado; ese hijo existe.
- MARQUESA. (*Mirando á Isabel*) ¡Pobre niña! (*Se sienta como abrumada por la pesadumbre*).
- ISABEL. (*Abrazándola*). Ah, vamos, eso quiere decir que ya no soy rica; pues me alegro. Nunca me he divertido tanto como cuando fuí pobre. Estaba deseando volver á serlo. Creo que la riqueza es enemiga de la alegría. No te aflijas, mamá; yo no pienso (*mirando con intención á Manuel*) como alguno que me oye, que los pobres deben abandonar á los que aman.
- FERNANDO. El marqués ha olvidado otra novedad.
- MARÍA. (*A Isabel.*) ¿Otra?
- FERNANDO. Sí, que por su parte, acaba de conceder la mano de Isabel á Guzmán.
- MARQUÉS. Si mi esposa lo aprueba y mi hija consiente.
- ISABEL. (*Vivamente.*) Yo no consiento.
- FERNANDO. (*A María.*) Amiga mía. (*En tono de reconvencción*)
- MANUEL. (*Con desesperación.*) ¡Cruel!
- MARÍA. ¡Querida prima!
- ISABEL. (*Risueña siempre.*) Será inútil cuanto digáis. Mi resolución es inquebrantable: he dicho que no consiento y no consentiré.
- MARQUESA. No se hable más de esto, hija mía; pero dí al menos alguna razón... si la tienes.
- ISABEL. Vaya si la tengo y convincente. Este caballero cuando él era pobre y yo rica, no quiso solicitar mi mano. Ahora que él es rico y yo pobre no quiero yo aceptar la suya. En estos matrimonios desiguales siempre hay alguno que comete una indignidad (*Con intención y mirando á Guzman*).
- MANUEL. Pero Isabel, si yo no soy rico. (*Alegre.*) *Movimiento de asombro en todos, menos en Fernando que sonrie.*
- MARQUÉS. ¿No?
- MANUEL. Soy tan pobre, ni más ni menos como era antes.
- ISABEL. (*Alegre.*) Eso modifica mi resolución. Si en efecto resulta que V. no es fabricante de millones ninguna razón tengo para oponerme á los deseos de mi papá. (*La da la mano.*)
- MANUEL. (*Con ternura.*) Eres un angel.
- MARQUÉS. Pero entonces las acciones de Gustavo, lo del periódico, lo de la subasta.

- MANUEL. Negocios hechos por Fernando: él los ha imaginado, él los ha dirigido: sus amigos todos, nos hemos limitado á ejecutar sus órdenes.
- MARQUÉS. (*A Fernando.*) Oiga; y V. era el que con un candor infantil, de que yo me reía, llamaba truhanas á esas especulaciones. Es decir ¿que aquí el único millonario es V?
- FERNANDO. (*Riendo.*) Así parece... pero, ¡ay! marqués, ahora, como casi siempre, las apariencias engañan: soy más pobre todavía que Manuel.
- MARQUÉS. (*Entre asombrado y dudoso.*) Pero, ¿qué significa todo esto?
- FERNANDO. Pues significa, que nuestras habilidades han sido pura broma. Las acciones de Gustavo tuvieron subida artificial, merced á una noticia inventada por mí y por mi periódico propalada; la ganancia obtenida, era, pues, ilegítima. Así que ya hemos devuelto á Gustavo sus veinte mil duros.
- MARQUÉS. (*Cada vez más admirado.*) ¿Pero es verdad eso?
- FERNANDO. Sí, lo es; y es verdad, así mismo que, como ni Manuel ni yo habíamos pensado jamás en fundar periódico alguno, hemos rechazado, naturalmente, los diez mil duros y la renta que se nos ofrecía por el desistimiento; y es verdad además que como ni Manuel ni yo tenemos capital para explotar minas, no haremos uso en manera alguna de la prima de cinco millones que el Banco internacional nos había dado.
- MARQUÉS. (*Entre irritado y maravillado.*) Pero eso es un derroche, una verdadera insensatez. (*A las señoras.*) ¿No oís esto?
- ISABEL. Sí, vaya si lo oímos y nos parece perfectamente, ¿verdad, María?
- MARÍA. (*Riendo.*) Perfectamente.
- MARQUÉS. ¡Eh! locas, no sabéis lo que os decía.
- FERNANDO. (*Dirigiéndose al marqués.*) Ya lo ve V., marqués, la virtud aprueba, la inocencia aplaude, ¿qué mejor recompensa? Cada cual es hábil á su modo; perdóneme V. esta puerilidad. Había yo formado verdadero empeño en convencer á usted de que esos procedimientos empleados por los hábiles, no son cosas, por su profundidad, vedadas á la vulgar inteligencia de un hombre de bien; de que cualquier persona bien nacida podía, cuando quisiera, echar mano de esos recursos y de que si no apela á ellos es porque prefiere lograr, por distinto camino, la estimación de las gentes honradas, que son las más, y llevar siempre limpia la conciencia y la frente alta.

ESCENA X.

DICHOS, UN CRIADO, DESPUES LEÓN.

UN CRIADO. Señor: el coche del general, espera á V. E.

MARQUÉS. ¡SÍ (*Alegre*). Señores, voy á jurar: Fernando, perdono á V. la lección y aún se lo agradezco; pídamela V. lo que quiera.

FERNANDO. Por ahora, nada... más adelante veremos.

MARQUÉS. Pues hasta después.

FERNANDO. No, hasta luego, nó; hasta dentro de un par de años. Parto mañana mismo.

MANUEL. ¿Partés? (*Mirando á Fernando y á Isabel y dando á entender que adivina*). ¡Oh! no, Fernando, no; sería yo un vil si aceptase tal sacrificio.MARÍA. (*A Isabel con voz bastante alta para que lo oiga Fernando*). ¡Parte, Isabel, parte!FERNANDO. (*A Manuel cogiéndole enérgicamente el brazo*). Silencio; en nombre de mi padre; silencio y acepta; estamos pagados. (*Dirigiéndose á María*). Sí, parto; ahora lo necesito. (*Movimiento de María*). Volveré.(*Estrechando con ternura la mano de María*).MARÍA. (*Con resolución*). Bien, Fernando, esperaré tu vuelta.FERNANDO. Manuel, amigo mío; hazla muy feliz; tú lo eres ya ¿no es cierto? He pagado mi deuda, mi buen padre descansará tranquilo. El hijo de Conrado tiene ya familia, la madre me sonríe, desde la tumba. María, adiós otra vez. (*Cogiendo á Manuel y á Isabel*). Adiós amigos míos; pensad alguna vez en mí y si acaso recordáis que habéis visto en mis ojos lágrimas, no os burléis de mi debilidad... Esto pasará... (*Se enjuga las lágrimas*). Ya ha pasado (*Desprendiéndose bruscamente de los brazos de su mujer*). Vamos de aquí, marqués.

MARQUÉS. Vamos.

ESCENA ULTIMA.

DICHOS. LEÓN.

LEÓN. (*Entra cuando el marqués y Fernando se dirigen á la puerta*). ¿Vá V. á jurar ya, señor marqués?

MARQUÉS. Sí, amigo mío.

LEÓN. (*A Fernando*). Recuerdo á V. su ofrecimiento.FERNANDO. (*Sonriendo*). Es justo. Señor marqués; me ha ofrecido V. un favor.

MARQUÉS. Sí.

FERNANDO. Un destino para este amigo mío (*Señala á León*)

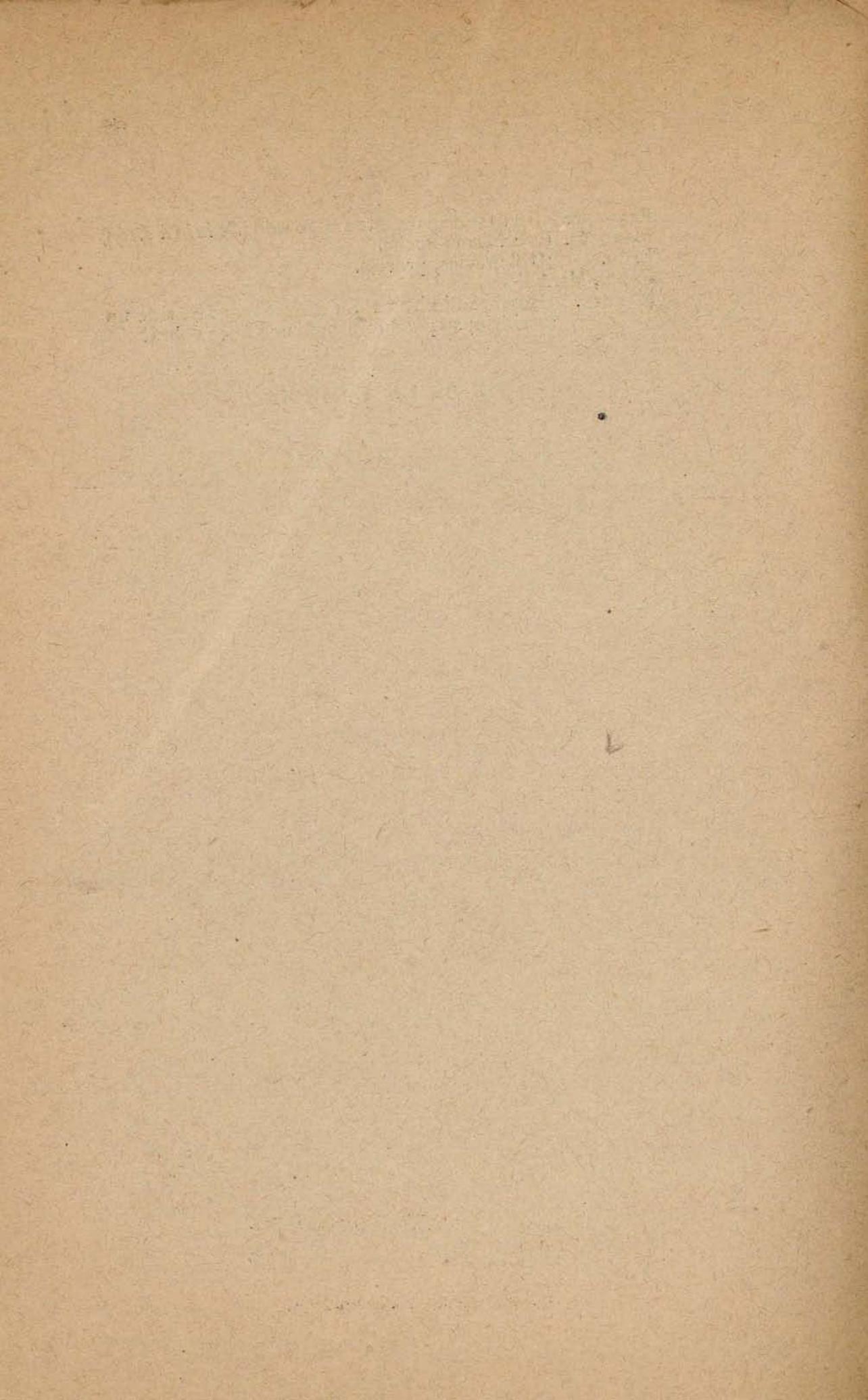
MARQUÉS. Esta misma noche.

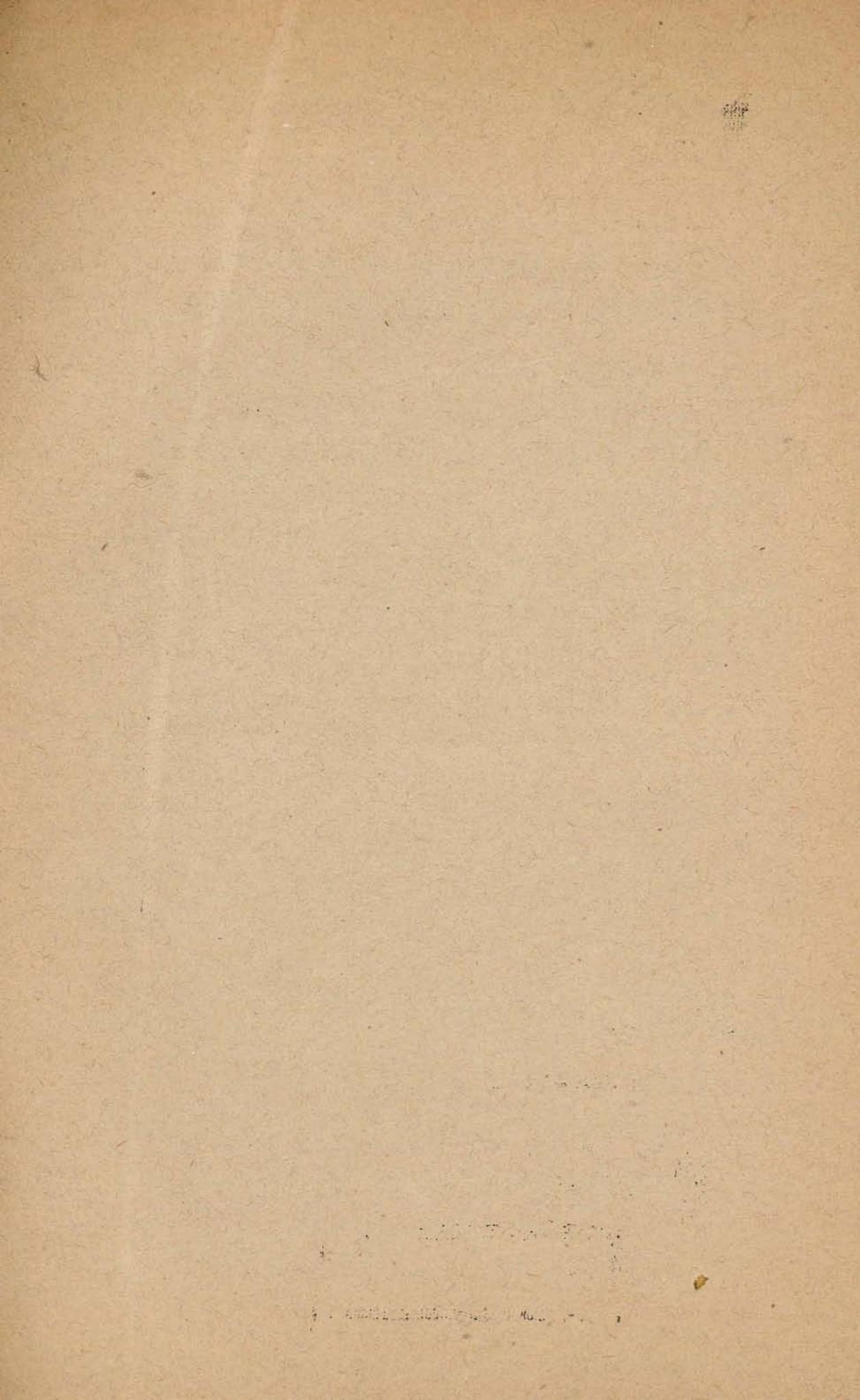
LEÓN. ¡Oh! gracias, gracias.

FRDO., Ms. Adiós.

MANUEL. ¡Hombre admirable! Su último rasgo ha sido un sacrificio; su palabra última una buena obra.

FIN DE LA COMEDIA







Biblioteca Regional
de Madrid Joaquín Leguina



1375889

PUNTOS DE VENTA

En la imprenta de *D. Ulpiano Gómez*, Cabeza, 36; en las librerías de *D. Fernando Fe*, Carrera de San Jerónimo, núm. 2; de *D. Manuel Rosado*, Puerta del Sol, núm. 9; de los *Sres. Córdoba y Compañía*, Puerta del Sol, núm. 14; *Sres. Caspar*, editores, calle del Príncipe, núm. 4; y *Gutenberg*, Príncipe 14; casa del Teatro de la Comedia; de *San Martín*, Puerta del Sol.

PROVINCIAS Y ULTRAMAR.

En casa de los Corresponsales de la Galería. *El Teatro*.

Pueden también hacerse los pedidos de ejemplares directamente á los señores *kijos de A. Gullón*. Pozas 2, 2.º, acompañando su importe en sellos de franqueo ó libranzas, sin cuyo requisito no serán servidos